

PRÓLOGO

Qué emoción se siente cuando se tiene entre las manos a un recién nacido. La primera mirada nos hace sonreír, porque no sabemos qué le deparará en su recorrido el futuro; expectativas, ilusiones, compañía, intriga, nerviosismo... Y si es un libro, además, tenemos la fortuna de que sus páginas vayan formando parte de nosotros o, mejor, al revés. La lectura nos permite ser un personaje callado filtrado entre las letras y viajar a esa evocadora Lisboa, lindera de un océano que, aunque ya sabemos qué ocultaba al otro lado, sigue ofreciendo un horizonte infinito de posibilidades. Quién no se ha soñado en su puerto o en el *Bairro Alto* mientras contempla el mar.

De siempre la envidia por ser «el otro», el de al lado, ha formado parte de la naturaleza humana. Y si no se es «el otro», pues apoderarse de lo que tiene «el otro». Con mayor o menor éxito es un deseo factible (las más de las veces, fratricida). Pero lo verdaderamente difícil es conseguir la alteridad de uno mismo, convertirse en ese «otro yo» que querríamos y no alcanzamos a atrapar. Otro cuerpo, otra personalidad. El cambio, la transformación (¿para mejor?), la metamorfosis.

En la divinidad de la bestia occidental y la finita mujer oriental está el nacimiento de Europa. Quizás eso explique nuestro devenir milenario. El dios de los dioses, Zeus, se enamora de

una mujer fenicia y, transformado en un toro blanco, se la lleva raudo a Creta cuando ella cabalga hermosa y despreocupada sobre su lomo manso. Cuando Zeus revela su auténtica identidad le regala un collar hecho por Hefesto, dios infernal, y deja su amor sellado en las estrellas nocturnas de la constelación de Tauro. Se unen así los tres elementos, tierra, infierno y cielo para toda la eternidad. Oriente y Occidente quedan también unidos por la belleza, por la transformación, por el deseo del otro, nunca saciado hasta ahora. Y también la inmortal, desde ese momento, mortal Europa se une a la divinidad, mortal por un rato.

En la barandilla del *Bairro Alto* lisboeta empieza todo. Es en carnaval, cómo no, cuando olvidamos el *memento mori*, el «acuérdate de que vas a morir», cuando es posible entablar batalla para revolverse contra nuestro devenir, como hizo Valle-Inclán con su *Martes de Carnaval* (en honor a Marte, el dios de la guerra). Cuando todos aprovechamos a través del travestismo, convertirnos en otro con el beneplácito y la conjura de los demás.

«Tú ahora eres fauno, o sea griego, perteneces al mundo grecolatino», le dice un personaje a nuestro protagonista. Hermoso homenaje a una tradición que está tan presente en nuestra cultura como el aire; a veces se huele, nos mueve el pelo, nos refresca, pero siempre se respira. Nuestro Fauno es una mezcla entre demonio (ah, esa fascinación que seguimos teniendo por el inframundo y la transgresión) y monstruo de la naturaleza salvaje a la que siempre queremos regresar, rompiendo con la norma social, la etiqueta, la buena educación, el qué dirán... En definitiva, más que volver a la Madre Naturaleza es regresar al auténtico «yo» que se va escondiendo con los años y haciéndose pequeñito, aunque pugne por salir por cualquier resquicio del cuerpo (¿nuestras rebeldías cotidianas?). Esa libertad de la naturaleza salvaje atrapa

como un imán a la mujer, Ninfa que es encarnación de todas las ninfas.

Es el de esta novela un Fauno que busca la vida en la literatura y la literatura en la vida, que en su fealdad corpórea esconde la belleza del *carpe diem* que tanto necesitamos y que actúa impulsado por el motor de la imaginación. Un Fauno deslenguado, de escritura fresca y ágil, pero que no rehúye la erudición.

A cuatro manos se nos invita a soñar y a la libertad. Como siempre, esta utopía tiene un punto y final, «lejos de las ataduras de la civilización», las últimas palabras de esta novela. Que la disfruten.

Carmen González-Vázquez

CAPÍTULO 1

PRELUDIO A LA FIESTA DE UN FAUNO

De pronto, noté una presión en las plantas de ambos pies, una presión fuerte que me obligó a descalzarme. Estaba sentado en un banco cerca del mirador de San Pedro de Alcántara, en el celeberrimo *Bairro Alto* lisboeta. Apoyado en la amplia baranda del mirador, había contemplado en todo su esplendor gran parte de la ciudad de Lisboa. Ya en ese momento, mientras disfrutaba de la contemplación, había percibido un leve cosquilleo en la planta del pie derecho, otro aún más suave al final de la columna vertebral, y, por último, otro recorriéndome toda la frente. Los cosquilleos continuaron cuando degustaba unos *portos* exquisitos enfrente de la encantadora estatua de Pessoa. También me importunaron durante el ratito transcurrido en una antigua y preciosa *livraria* de la *rua Palmeira*. No les di mucha importancia. Los atribuí a un exceso de ácido úrico en mi organismo, tal y como había sucedido en otras ocasiones.

Cuando me descalcé, noté alivio. Vi que los calcetines se habían rajado como consecuencia de la presión. Tenían varios desgarrones, a través de los cuales pude comprobar —¡oh, horror!— que mis pies parecían estar adquiriendo la forma de pezuñas. Tragué saliva y miré hacia los lados. Nadie paseaba